

Kinetoscopio. Velocípedos y bicicletistas*

Más de dos lustros han pasado, quizá, desde aquel entonces. Había en un costado de la Alameda, además del secular volantín, con los mismos caballos de pesadilla, la misma música ingrata y un público más inocente en sus juegos; había, digo, un ferrocarril de madera movido por tracción humana; locomotora de modelo primitivo, vagones tan bajos de techo que hasta ellos llegaban las cabezas de las pilmmas y, asomando por las ventanillas y montados en la caldera y cometiendo la gravísima imprudencia de subirse al vehículo durante el movimiento, viajaban por una calzada (ida y vuelta) muchos niños que, con el mismo boleto, si no me engaño, tenían derecho a escoger algún juguete de mínimo precio en una mesilla colmada de títeres, microscopios de bomba de cristal con agua, sifones y pitos.

Mas aquella lenta máquina no valía ni con mucho, en los criterios infantiles, lo que un paseo sobre borrego “de de veras” o un velocípedo; el velocípedo era la última palabra del peligro, de la celeridad, del atrevimiento; treparse en un velocípedo, pedalear con furia hasta que volaban las cintas de la gorra, que tenía un letrero: “Intrépido”, pedir paso a gritos, poner en fuga a los canes, traer el ¡Jesús! a la boca de las cuidadoras era realizar una empresa tan arriesgada como varonil.

* * Ángel de Campo, *Micrós*, “Kinetoscopio. Velocípedos y bicicletistas”, *El Universal*, 2ª época, t. XIII, núm. 60 (16 de marzo de 1896): 3.

Eran de tres ruedas y pintados de rojo, chirriaban a cada vuelta; a veces fingían un corcel de palo, y avanzaban menos que un ratero en su fuga.

¡Pobres velocípedos de la Alameda; infeliz audacia de los niños, ridícula barahúnda de la máquina, me digo ahora que ha llegado el momento histórico de los caballos de vapor, la moda del siglo xx y las bicicletas!

Aquello era algo como una diligencia, la máquina de hoy es el relámpago; es, por decirlo así, el complemento de este hombre contemporáneo que usa sombrero con ventilas, lentes para la miopía, dentadura postiza, faja de gimnasta y monta en bicicleta, como si las piernas fuesen despreciables órganos de locomoción.

Viejos y muchachos, hombres y mujeres, fuertes y débiles se proporcionan una para correr por esas calles de Dios, como si hubiese cundido una epidemia de velocidad. Aquel que con todo y sombrero valdrá 20 reales, jinetea un aparato de 200 pesos: es un cobrador que da alcance a los deudores morosos; aquel otro gordo, colorado, sudoroso, es un buen solterón que ciclea por higiene; el ciudadano con faz de remordimiento es un médico extranjero que mata con prontitud y esmero; hay licenciados que sacan tres cuerpos y medio al dueño de la casa, que los sigue; aficionados que hacen su aprendizaje asustando viejas y desafiando calandrias y señoritas americanas que, con una constancia

sajona, “trabajan” sus ocho kilómetros diarios, porque así se usa en Inglaterra.

La bicicleta es, además, un pretexto para enseñar a andar y a caer en las calles solitarias a las amigas que lo solicitan; y para librarse, en lo que cabe, de tomar trenes, crustáceos con ruedas, evitar los tumbos de un coche de a peseta y recorrer todas las calles sin que nadie piense en llamar vago al que mata el tiempo con velocidad de huracán; pero de los vagos de Plateros, parásitos de escaparate, estorbos de pie a tierra a los ciclistas, son preferibles los segundos, porque siquiera no tienen tiempo de saludar ni piden dispensa de una palabra y pagan contribución mensual: son pues, menos vagos.

Micrós